

Las tecnologías de subsunción en el capital

Technologies of subsumption in capital

Recibido: 27/10/2022 Aceptado: 03/12/2022

Carlos Oliva

Universidad Nacional Autónoma de México-UNAM (México)
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1426-677X>

Andrés Sáenz de Sicilia

Universidad Nacional Autónoma de México-UNAM (México)
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1215-7262>

DOI: <https://doi.org/10.29166/csociales.vli44.4128>

Resumen

Este artículo revisa la teoría de la subsunción de Marx y refiere su centralidad, con el fin de comprender al capitalismo contemporáneo desde una perspectiva global. Explora las formas de subsunción capitalista, primero, en términos de las nociones clásicas de Marx de subsunción «formal» y «real», en las que los mecanismos sociales y tecnológicos de dominación se despliegan dentro de la producción capitalista. A continuación, trata de ampliar el ámbito de análisis hacia la esfera de la circulación de mercancías y el intercambio mercantil, con sus mecanismos monetarios y crediticios de subsunción. Por último, esboza una conceptualización global de la subsunción a nivel del proceso de reproducción social.

Palabras claves: Marxismo, tecnología, capitalismo, subsunción, crédito.

Abstract

This article revisits Marx's theory of subsumption and elaborates its centrality for comprehending contemporary capitalism from a global perspective. It explores the forms of capitalist subsumption, first in terms of Marx's classic notions of 'formal' and 'real' subsumption, in which social and technological mechanisms of domination unfold within capitalist production. It then seeks to broaden the scope of analysis towards the sphere of commodity circulation and mercantile exchange, with its monetary and credit mechanisms of subsumption. Finally, it sketches a global conceptualization of subsumption at the level of the process of social reproduction.

Key words: Marxism, technology, capitalism, subsumption, credit.

Introducción

La rica, pero somera discusión de la subsunción capitalista, que se encuentra en todos los escritos de Marx, esboza un poderoso marco para analizar la dinámica social e histórica de las sociedades capitalistas. La fuerza del relato de Marx reside en su descripción de los mecanismos y las formas sociales por las que las relaciones capitalistas regulan el curso y el carácter de la vida social. Es mediante el control y la dirección de las prácticas sociales de producción, a través de diversas técnicas de mando, como opera el poder capitalista. Sin embargo, para dar sentido a las formas en que el control capitalista de la producción llega a moldear la vida social como tal —es decir, todo el proceso de reproducción social— es necesario ampliar el relato de Marx. Aunque pensadores como Adorno y Negri lo intentaron, no consiguieron profundizar en el alcance conceptual de la subsunción. En su lugar, se limitaron a absolutizar la «subsunción real del trabajo» tendencial que se produce en la producción, proyectándola sobre la totalidad social como un concepto de periodización histórico-mundial (Sáenz de Sicilia, 2021). De una forma u otra, este diagnóstico de una subsunción completa o «total» de la vida humana persiste en gran parte de la teoría social actual.

Para comprender los efectos «globales» de la subsunción capitalista, parece necesario ampliar el alcance del análisis más allá de la producción, hacia la esfera de la circulación de mercancías y el intercambio mercantil, con aquellos mecanismos monetarios y crediticios de subsunción, y finalmente hacia una conceptualización global de la subsunción a nivel del proceso de reproducción social. De lo contrario, la teoría se vuelve ajena a algo que Marx ya veía en la figura del trabajo a destajo —que ahora llamamos precario y terciarizado—, de los procesos de colonización y despojo, y de los sistemas de renta y crédito: la subsunción en la vida cotidiana, en el

tiempo libre y en las relaciones mundiales que establece el capitalismo.

I. Las formas de la subsunción como formas de dominación

El concepto de subsunción fue legado a Marx por la filosofía alemana de los siglos XVIII y XIX, en la que, a partir de Kant, se utilizó para conceptualizar el proceso de subordinación por el que algún elemento o representación individual se somete a un concepto o categoría general, y se determina como una instancia particular de esa categoría. En la primera crítica de Kant, por ejemplo, este proceso constituye la base de la cognición, ya que las intuiciones son subsumidas trascendentalmente bajo las categorías y, por lo tanto, unificadas conceptualmente dentro del continuo de la experiencia consciente (Kant, 1990).

El uso que hace Marx de la subsunción conserva la estructura conceptual de esta relación de subordinación particular-universal, pero la despliega en un contexto totalmente diferente. En lugar de captar la relación entre intuiciones y conceptos, o por ejemplo lo finito y lo infinito (como se realiza en Schelling), en la crítica de la economía política de Marx la subsunción se utiliza para describir la relación de dominación que se da entre el capital y el trabajo, de modo que se puede decir que el trabajo está subsumido bajo el capital, es decir, determinado como una instancia particular del capital.

En su nivel más alto de abstracción, esta relación se encarna en el proceso de producción capitalista como tal, que Marx describe en el primer volumen de *El capital* como «una unidad, compuesta por el proceso de trabajo y el proceso de creación de valor» (Marx, 1982, p. 293). Los individuos de las series subordinadas «aquí procesos concretos de trabajo cuyos resultados son valores de uso reales», se determinan como meras instancias del con-

cepto dominante «el valor en su movimiento de autoexpansión». Así, Marx dice en uno de los primeros manuscritos del capital que «el proceso de trabajo está como incorporado en [el proceso de valorización], subsumido bajo él» (Marx, 1984, p. 67). Ya en esta temprana concepción de la subsunción, Marx identifica el punto de partida a través del cual se establece toda la dialéctica de la dominación social capitalista, en el proceso de producción doble y, desigualmente, determinado. Es aquí donde el capital se apodera de la única fuerza que puede actualizarlo: el «fuego vivo y formador» del trabajo.

Pero esta determinación del proceso de trabajo capitalista no surge *ex nihilo*, porque como sabemos, por los *Grundrisse*, «siempre que se habla de producción [...] lo que se quiere es la producción en una etapa definida del desarrollo social» (Marx, 1993, p. 85).

Así, lo que se subsume en el capital al inicio de este proceso es un proceso de producción no capitalista:

Al comienzo de su formación, vemos que el capital toma bajo su control (subsume bajo sí mismo) no solo el proceso de trabajo en general, sino los procesos de trabajo específicos reales, tal como los encuentra disponibles en la tecnología existente, y en la forma en que se han desarrollado sobre la base de relaciones de producción no capitalistas. (Marx, 1984, p. 92)

Entonces, ¿cómo determina el capital primero este proceso de trabajo como propio? Marx continúa diciendo que «al principio solo subsume [el proceso de trabajo] formalmente, sin realizar ningún cambio en su carácter tecnológico específico» (Marx, 1984, p. 92). En esta fase inicial —lo que Marx denomina «subsunción formal»— la producción se convierte en capitalista únicamente en el nivel de la forma social de la relación que la constituye. Es decir, como una relación económica entre compradores y vendedores, que intercambian libremente su propiedad como parte

de un proceso cuyo objetivo es el aumento del valor. A diferencia de las relaciones de dominación directa que caracterizaban a las sociedades feudales (por ejemplo), en las que el trabajo excedente era extorsionado por medios violentos, el presupuesto fundamental de la producción capitalista es que el comprador de fuerza de trabajo y su vendedor entran en relación por su propia voluntad. Así, con la subsunción formal, la dominación del capital sobre el trabajo consiste únicamente «en la sujeción del trabajador, como trabajador, a la supervisión y, por tanto, al mando del capital o del capitalista» (Marx, 1984, p. 93). Así es como el capital subsume primero al trabajo: comprando el derecho a ejercer su mando sobre la actividad del trabajo en el proceso laboral.

El proceso de trabajo formalmente subsumido actúa como «el fundamento general del sistema capitalista», mediante el establecimiento de una relación económica de explotación entre el capital y el trabajo. Pero si bien este desarrollo formal es significativo, todavía no señala la producción capitalista propiamente dicha porque, en esta fase, la organización técnica y los medios objetivos por los que se lleva a cabo el trabajo permanecen inalterados; lo que el capital manda es un proceso de trabajo heredado desde otro modo de producción. Por lo tanto, el único medio por el que los capitales pueden realizar su objetivo de extraer el trabajo excedente de la fuerza de trabajo es ampliando la parte de la jornada laboral en la que los trabajadores realizan el trabajo excedente, es decir, el tiempo de trabajo más allá del necesario para que la fuerza de trabajo simplemente reproduzca su propia existencia. Esta única dependencia de la duración de la jornada laboral es la razón por la que la subsunción formal está vinculada a la plusvalía absoluta —de hecho, Marx dice que la plusvalía absoluta es la «expresión material» de la subsunción formal—.

Sin embargo, existen límites sociales y naturales a la jornada laboral, lo que limita la cantidad de trabajo excedente que el capital puede exigir efectivamente a una fuerza de trabajo formalmente subsumida. Así pues, tras el establecimiento de las relaciones de producción capitalistas, una vez que el capitalista tiene el control del proceso de trabajo, se dispone de una segunda estrategia para aumentar la plusvalía: la transformación del contenido material real del proceso de trabajo con el fin de aumentar la productividad, lo que Marx llama la «subsunción real» del trabajo bajo el capital. La subsunción real implica el desarrollo de la fuerza productiva social del trabajo a través de la reorganización técnica del proceso de trabajo, mediante la aplicación de la cooperación, la división del trabajo, la maquinaria, etc. En consecuencia, con la subsunción real «se produce una revolución completa (y constantemente repetida) en el modo de producción, en la productividad de los trabajadores y en las relaciones entre trabajadores y capitalistas» (Marx, 1982, p. 1035).

Aunque esta evolución está directamente motivada por la competencia entre capitales, tiene un efecto agregado crucial en toda la sociedad: reduce el valor del salario al abaratar las mercancías necesarias para la reproducción de la fuerza de trabajo. De este modo, el componente de la jornada laboral dedicado a la reproducción del trabajo se reduce. Así, en lugar de aumentar la cantidad de plustrabajo extorsionado al trabajador ampliando la cantidad de horas trabajadas en términos absolutos —es decir, simplemente alargando la jornada laboral—, el capitalista es capaz de utilizar los aumentos de productividad para apropiarse de una mayor proporción de la misma jornada laboral. Esto produce «plusvalía relativa», y con ello «se altera toda la forma real de producción y surge una forma de producción específicamente capitalista (también a nivel tecnológico)» (Marx y Engels, 1984, p. 1024).

La subsunción real consume el dominio de la producción capitalista porque no solo la producción toma la forma de un proceso dirigido al aumento del valor, sino que este objetivo está inscrito en su actualidad concreta y determina sus medios, métodos y desarrollo; todo el proceso de producción está determinado *por, como y para* el capital.

Como señala Donald Mackenzie, la valorización no es simplemente un proceso económico, sino que implica la creación y el mantenimiento de una relación social en la que se presupone la autoridad del capitalista y la explotación del trabajador (Mackenzie, 1996, p. 31). En el contexto del proceso de producción, esta relación social funciona en dos niveles que corresponden a las categorías de la subsunción formal y subsunción real. En el nivel «formal» o social podemos identificar la dominación subjetiva e interpersonal del capitalista como empleador, apuntalada por el poder de la relación salarial y la condición de proletario del trabajador. En virtud de su falta de propiedad, el trabajador se ve obligado a transferir el control y la propiedad temporal de su actividad al capitalista a cambio de los medios para asegurar su propia supervivencia. Este intercambio se acuerda de antemano en el «mercado de trabajo», por lo que el trabajador entra en el proceso de producción habiendo aceptado ya por contrato cumplir las directrices del capitalista y cediendo la propiedad sobre cualquier excedente de riqueza que pueda generar su trabajo. Mientras tanto, en el nivel «real» o material (digamos, en el nivel de las prácticas e interacciones concretas más que en el de las representaciones legales o económicas) encontramos el mando del capitalista operativo en la medida en que actúa como coordinador del proceso de trabajo. En cuanto se reúnen muchos trabajadores en un mismo taller bajo la dirección de un único empresario, sus esfuerzos pueden ser combinados y reorganizados por el capitalista para

realizar más eficazmente la valorización que si se pusieran a trabajar de forma aislada.^[1] Esto permite toda una serie de modificaciones de los modos de trabajo tradicionales, desde el simple reparto de herramientas y recursos hasta la fragmentación del proceso de trabajo y la especialización de las tareas. A medida que esta tendencia evoluciona en escala y complejidad, la coherencia y la finalidad de todo el proceso de producción se alejan del alcance de los trabajadores individuales

[L]a interconexión entre sus diversas labores los enfrenta; en el ámbito de las ideas, como un plan elaborado por el capitalista, y, en la práctica, como su autoridad, como la poderosa voluntad de un ser ajeno a ellos, que somete su actividad a su propósito. (Marx, 1982, p. 450)

La naturaleza colectiva del trabajo se concentra y se desplaza, así como un poder asumido por el capitalista, que ahora personifica la unidad organizativa y la coherencia intencional del proceso social del trabajo.

De manera crucial, en la transición de la manufactura a la industria a gran escala, este principio de unidad que organiza y dirige la producción pasa de ser una cualidad subjetiva, ajena a los trabajadores y personificada en el capitalista, a una característica objetiva del propio proceso de trabajo. A través del desarrollo de nuevas tecnologías y sistemas de automatización e integración del proceso

de trabajo se puede hablar no solo de una relación social entre individuos en la que se presupone la autoridad del capital sobre el trabajador, sino también de un aparato instrumental que se diseña y opera sobre el supuesto de un control y explotación continuos y maximizados de la fuerza de trabajo.^[2] La primacía de autoridad directa e interpersonal y de mando organizativo da paso a una «organización totalmente objetiva» del trabajo inscrita en las propias condiciones materiales de producción. Así, Mackenzie afirma que «en la maquinaria, el capital intenta conseguir por medios tecnológicos lo que en la manufactura intentó conseguir sólo por medio de la organización social» (Mackenzie, 1996, p. 31).

Aunque pueda aparecer ideológicamente como la aplicación neutral del conocimiento científico, la tecnología expresa y fomenta aquí una relación social de dominación.^[3] Marx llega a sugerir que «se podría escribir toda una historia de los inventos realizados desde 1830 con el único fin de dotar al capital de armas contra la rebelión de la clase obrera» (Marx, 1982, p. 196). Castillo Mendoza subraya esto, argumentando que con la maquinaria

[L]a técnica opera como artefacto de poder subsumido como mediación de lo político en la fábrica, constituida en la estructura más idónea para imponer la vigilancia y la disciplina, y neutralizar el control de los trabajadores sobre el trabajo. En ella, los trabajadores tienen ahora una «relación social

1 Es central la inercia y pasividad que genera el trabajo mercantil. Dice Marx: «Todos estos servicios se distinguen por su *pasividad*, por su estar adaptados y subordinados a las operaciones y movimientos de las máquinas mismas. Esta *especialización en pasividad*, es decir, la supresión de la especialización misma como especialización, es lo que caracteriza el trabajo automatizado». *La tecnología del capital. Subsunción formal y subsunción real del proceso de trabajo al proceso de valorización (extractos del Manuscrito 1861-1863)*. Selección y traducción de Echeverría (2005, p. 45).

2 La categoría de subsunción, en este sentido, es crucial dentro del esquema teórico marxista, en palabras de Echeverría: «Cabe indicar, además, en lo que respecta al núcleo del contenido específico del discurso crítico de Marx —es decir, la teoría de la contradicción entre el proceso social-natural de producción/consumo y el proceso social-capitalista de valorización de valor—, que el concepto de subsunción tiene una especial importancia. Es el intento más avanzado hecho por Marx de mostrar en términos teóricos generales la *manera* en que se articulan esos dos procedimientos. Si todavía en los *Lineamientos...* de 1857 veía al proceso de trabajo ‘incorporado’ en tanto que ‘materia’ a la ‘forma’ capital, en el Manuscrito de 1861-1863 intentará verlo no como una realidad intocada en sí misma por un modo de funcionamiento (capitalista), sino como una ‘sustancia’ afectada esencialmente por la ‘forma’ capitalista que se encuentra mediando o posibilitando su existencia —sea solo desde fuera de él o ya desde su mismo interior— (Marx, 1881-1883 en Echeverría, 2005, p. 13).

3 A esta conclusión llega Andrea Torres Gaxiola al anotar que «la tecnología dentro del capital no es un factor neutral. El desarrollo de la tecnología y, por lo tanto, su concepción y aplicación dentro del proceso de producción no es independiente de la dinámica de acumulación del capital; al contrario [...] el cambio tecnológico forma parte del proceso de valorización del valor, y toda tecnología sólo se introduce en la medida en que permite aumentar el plusvalor. Por lo tanto, sólo las tecnologías que aumentan la productividad son introducidas en la producción» (Torres, 2021, p. 196).

de producción» entre ellos y con el capitalista, en el interior orgánico del capital. (Castillo, 2002, p. 7)

II. El proceso mercantil y la subsunción al capital

El trabajo mercantil

Sobre la base del problema de la subsunción planteado por Marx, un problema fundamental, en el debate actual sobre las condiciones de trabajo en gran parte del mundo que se rige bajo un sistema de generación y capitalización de riqueza, es detectar si tras ese sistema opera una *inercia tecnológica* y, si es el caso, cómo se relaciona con formas de socialidad, moralidad o, incluso, formas éticas de racionalidad. Una pregunta que puede orientar tal investigación es la siguiente: ¿cuál es el objetivo de establecer mecanismos de subsunción de toda la vida práctica y laboral a la dinámica del capital? En cierto sentido, podemos preguntarnos, llanamente, por qué o para qué trabajamos.

Esencialmente, en el capitalismo, trabajamos para producir mercancías y para hacer circular esas mercancías, que tienen como finalidad racional ser consumidas. Tras ese movimiento simple, se encuentra todo un proyecto civilizatorio, que se despliega en grandes constructos históricos y espaciales de carácter mercantil: la empresa nacional; el protectorado estatal de la libertad mercantil de asociación; la construcción de un canon y un correlativo sentido del gusto; el establecimiento de tecnologías básicas de carácter humanista —la formación de la individualidad, la racionalidad comunicativa, el urbanismo como espacialidad rectora o el economicismo como eje de la vida cotidiana—; y, de forma destacada, el referente dinámico y matemático de la ciencia y sus aplicaciones técnicas como última frontera de sentido y ética de la vida dentro del capitalismo. Para eso trabajamos, idealmente, dentro

del capitalismo. Día a día participamos de esa religión de los modernos.

¿Eso justifica la violencia estructural del capital? Aquella violencia que, si bien implica el presupuesto de la libertad y la igualdad, es a condición de que se configuren desde una identidad y socialidad prefigurada en nuestro desenvolvimiento como «mercancía fuerza de trabajo», y en relación permanente con la otra mercancía eje: las tecnologías de producción. ¿Eso justifica que, en el despliegue histórico de esas mercancías, se constituyan las políticas imperiales, coloniales y neocoloniales, los nacionalismos y fascismos modernos, la constitución del estado en tensión o participación con el crimen organizado a escala mundial? ¿Eso justifica el robo, de carácter absoluto, de la ganancia que produce el trabajo de las y los otros, o el robo, de carácter relativo, que generan las tecnologías y formas de producción, circulación y consumo, que produce la máquina tecnológica al servicio del capital? La respuesta *de facto* es sí. La idea progresiva —y progresista— de la historia y de la modernidad implica que es *necesaria* la existencia de una serie de países o regiones que experimenten los beneficios del despojo, la acumulación, generación, producción, distribución y, especialmente, el consumo de las riquezas que se crean bajo el esquema del capital.

A la par que estos países o regiones — Venecia, Ámsterdam, Londres, New York y Pekín han sido los grandes núcleos de capital en la modernidad— dominan las políticas mundiales, forman una escaleta o un guion que anuncia: más tarde que temprano, pero finalmente, todos participaremos de los esquemas de riqueza del capitalismo. Esquemas que, estructuralmente, descansan en la subsunción violenta al capital.

¿Qué organiza esa jerarquía y lógica interna de nuestra vida moderna en el capitalismo? *El trabajo que tiene como finalidad producir mercancías*. No se trata de un trabajo metabólico con

la naturaleza ni tampoco de un trabajo cifrado en la producción de bienes para la reproducción simple de la vida humana. En su núcleo, es un trabajo que tiene como objetivo la abstracción del uso de los bienes y como objetivo la plusvalorización de esos bienes, que se han metamorfoseado, desde su constitución primaria, en una mercancía. En el corazón de cada mercancía ya está capturada y reducida la diversidad de lo humano hacia un solo destino: crear la mercancía-fuerza para trabajar en intercambios de capital; mientras que la potencia técnica y tecnológica se encuentra reducida a modalidades de producción, circulación y consumo de significados y sentidos capitalizables; lo que en el marxismo se ha llamado: procesos tecnológicos relativos de extracción de plusvalor.

El rol de la mercancía

Si partimos de la idea de que el centro de la vida en el capital es el fenómeno mercantil, podemos explorar una de las tesis centrales del marxismo: la vida humana se subsume a la forma mercantil, a través de la producción, circulación y consumo de mercancías. A través de un intercambio eje: el intercambio de mercancías. Éstas son el factor clave de socialidad y se sostienen, epocalmente, en la prelación de dos mercancías nodales: la renta de la tierra y la fuerza de trabajo, en conjunción, con las tecnologías de producción, circulación y consumo de mercancías.^[4]

Podemos incluso pensar que en la sola existencia de la mercancía ya se encuentra el centro de valor y plusvalor, que toda mercancía ya es, en sí misma, una tecnología de intercambio de capital.

Marx señaló que la realidad acontece como fenomenología mercantil —el mundo

se nos aparece como un arsenal o bodega de mercancías— y que, genealógicamente, podemos pensar en un primer intercambio de equivalencias entre la mercancía A y la mercancía B, entre 20 varas de lienzo y una chaqueta, dice Marx. Posteriormente, ese intercambio genera una mediación estable y se abigarra el proceso, tendríamos el intercambio de la mercancía A por un regulador —el dinero— y posteriormente el despliegue de ese regulador —el dinero en movimiento— por la mercancía B. Tenemos M-D-D-M. Digamos, 20 varas de lienzo son vendidas, para poder comprar una chaqueta. Este movimiento es en principio infinito, pero se estabiliza, internamente, en el centro dinerario. Así, en lugar de permanecer como un despliegue infinito, se norma desde la posibilidad de la acumulación dineraria.

Acontecen entonces procesos estables, los que llamamos D-M-M-D'. El dinero acumulado compra o posee a las mercancías eje (la mercancía fuerza de trabajo y las mercancías tecnológicas que producen, circulan y estratifican el consumo de las propias mercancías) con el fin de aumentar la mercancía que regula a los ejes del capital: *la mercancía dinero*. El sistema se ensancha, se estabiliza, se profundiza y se vuelve planetario. Eso sucedió, en la historia, cuando los sistemas mercantiles tuvieron suficiente dinero acumulado para buscar otras rutas y, en su camino violento y azaroso, el capital conquista América y con ello comienza la historia de la modernidad capitalista.

Esta es la historia genealógica del capital, pero algo está elidido en su reconstrucción, y suele pasarse por alto. El hecho crucial de que la mercancía, por sí misma, ya está estructurada bajo la forma D-M-D' o D-M-M-D'. En el cen-

4 Escribe Marx al respecto y destaca que, en última instancia, las formas del capital emanan de diversas relaciones crediticias, esto es, se constituyen como rédito: «Capital-interés, propiedad de la tierra, propiedad privada del globo terráqueo, y precisamente en la forma moderna, correspondiente al modo de producción capitalista-renta; trabajo asalariado-salario. En esta fórmula, pues, ha de consistir la conexión entre las fuentes del rédito. Como el capital, el trabajo asalariado y la propiedad de la tierra son formas sociales históricamente determinadas, la una lo es del trabajo, la otra del globo terráqueo monopolizado y ambas, por cierto, son formas correspondientes al capital y pertenecientes a la misma formación económica social» (Marx, 2019, p. 1039).

tro de su constitución ya se encuentra el dinero. En la mercancía, el dinero se precodifica como movimiento de crédito e incluso como acontecimiento de fe en el sistema. Pongamos un ejemplo simple. Si yo corto una manzana para comerla, esta no es una mercancía. Si tomo dos manzanas, una para comerla y otra para regalarla, ambos frutos siguen sin constituirse como mercancías; pero si, en cambio, corto un fruto para intercambiarlo por otro bien, ahí la manzana deviene mercancía. En ese mismo momento, su identidad depende de sus posibilidades de cambio, no de sus propiedades nutricias o sociales de intercambio filial. El secreto de su transmutación se encuentra en dar crédito, de forma abstracta, al hecho de que esa mercancía podrá ser intercambiada por otra mercancía. El punto central es que, con independencia de que se realice o no la venta, compra o intercambio de la manzana, esta ya contiene una pulsión dineraria o de intercambio abstracto en su constitución como forma mercantil primaria. Si no se realiza el intercambio por otra mercancía M-M o su primera metamorfosis en dinero M-D, esto no elimina que en sí misma la mercancía ya se ha constituido como un objeto bivalente, que tiene, en movimiento, un valor de uso subsumido por un valor de cambio.

Ese fruto, además, solo podrá recuperar su forma natural en el momento del consumo, cuando vuelva a activar —generalmente deformado— su valor de uso. Ahí radica la posibilidad de establecer una crónica crítica de su metamorfosis en valor de cambio, de su transformación en forma esencialmente mercantil.

Podríamos decir que la subsunción al capital y a su esquema de socialidad denigrante e injusto se genera en el intercambio mercantil —mucho antes de la relación laboral, porque la forma valor solo se explica como una exacerbación de la forma mercantil— pues ahí

está el presupuesto crediticio y late ya la forma dinero. Más importante aún, esta subsunción o intercambio hacia la forma mercantil está dada en la misma mercancía (M); en su centro, esta ya es un movimiento crediticio de capital.

El dinero

Se podría indicar que la subsunción de los diversos esquemas y proyectos de vida al capital operan pues como una inercia tecnológica, en la cual determinados núcleos geográficos de poder consolidan y controlan los intercambios mercantiles; subsecuentemente, estos centros de poder —que se expresan en subjetividades específicas, como polos capitalistas de regionalización, proyectos nacionalistas o fascistas o esquemas raciales, patriarcales o clasistas— despliegan violencias mercantiles, industriales, estatales o fulminantes violencias crediticias, que son básicamente esquemas de despojo que configuran los proyectos de vida como singladuras de deuda. Esa es la historia real y permanentemente justificada del mercantilismo capitalista. Ahora, como preguntó Marx, qué nos ata a este sistema. Y fue el propio Marx el que respondió: la «objetividad espectral» que constituye el sistema de signos e intercambios que pone en marcha la mercancía universal y general, el dinero. El problema radica en que esa mercancía es la que conculca y subsume los actos y las acciones de los sujetos dentro del capital. El dinero es el sujeto automático del capital. El sujeto que exilia o aniquila a aquellos y aquellas que no ponen sus empeños en conseguir dinero para poder participar, de una u otra forma, dentro del esquema civilizatorio del capitalismo.

Sobre este punto, me parece pertinente regresar a comentar algunos aspectos mínimos pero contundentes de *El capital*, en la escuela establecida por el marxista Bolívar Echeverría.^[5]

5 Un desarrollo más amplio de estas ideas se encuentra en Carlos Oliva Mendoza: «Configuraciones del capital: lucha de clases y ámbitos de resistencia al capitalismo» (Oliva, 2013, pp. 77-96) *Semiótica y capitalismo. Ensayos sobre la obra de Bolívar Echeverría*. México, Itaca-UNAM, 2013, pp. 77-96.

Si nuestra idea central es estudiar los ámbitos de subsunción que genera el dinero, se vuelven cruciales las ideas de Marx, expresadas en los primeros capítulos de su más importante obra, por el rol que otorgan al proceso de circulación y al sentido que instituye el intercambio de mercancías y la constitución aparentemente infranqueable de la forma mercantil. Es lo que hemos intentado realizar hasta ahora. Sumado a lo anterior, la importancia de tales materiales choca directamente con otras partes del propio texto de Marx. Quiero detenerme, específicamente, en lo que señala Echeverría, al cuestionar la reconstrucción que hace Engels del tomo 2 de *El capital*. Señala Echeverría, en sus apuntes sobre los esquemas de Marx y Engels:

De acuerdo con la teoría del valor que se desprende del libro I

[...] la esfera de la circulación mercantil es el lugar en donde la sustancia del valor se realiza como valor al expresarse como valor de cambio; es el lugar de constitución de los precios. Creemos, por esta razón, que armar unos Esquemas de reproducción donde los precios de las mercancías se suponen como dados, como magnitudes preestablecidas y constantes, implica caer de lleno en una petición de principio. (Echeverría, 1994, p. 245)⁶

Al constituirse el precio, cómo es que se manifiesta el dinero, parece ser el cuestionamiento de fondo que hace Echeverría. Como indica Marx, el dinero se manifiesta en la circulación enigmática y jeroglífica de los precios, en un esquema variable y oculto de obtención de plusvalor que, además, se codifica como una ley que debe respetarse, obedecerse y perpetuarse. El sistema de precios es el establecimiento público

de las equivalencias del trabajo, las tecnologías y los sistemas relativos de valor mercantil en el mundo del capital. En ese esquema relativo se juega el capitalismo su permanencia, porque, como también indica Marx, se establece como un sistema espectral y fantasmal de segundo orden. En ese jeroglífico vivo, no es posible una reacción revolucionaria de carácter mundial, debido a la diversidad radical de cada forma del capitalismo, debido a su fragmentación y difuminación en el tiempo presente. El tipo de capitalismo que se vive en Inglaterra es sustancialmente diferente del tipo de capitalismo que acontece en Cuba, en China, en Japón, en India, en Sudáfrica o en Chile, por indicar ejemplos extremos del capitalismo contemporáneo.

En este sentido, la gravedad de no estudiar con detenimiento el proceso de circulación o intercambio, y el subsecuente movimiento del dinero, es fatal para el objetivo de desarrollar una serie de alternativas y políticas poscapitalistas. Vuelve a señalar Echeverría:

[A] ser el lugar de la constitución de los precios (de la traducción de lo ‘abstracto’ como ‘concreto’), la esfera de la circulación mercantil es también el gran escenario de la neutralización o pseudo-superación de la contradicción entre valor de uso y valor; es el lugar del acomodo o adaptación que asegura una correspondencia ‘de compromiso’ entre la ‘forma natural’ y la ‘forma valor’ de la riqueza social. Dejar esta consideración mercantil fuera de la consideración esencial de la reproducción capitalista hace del borrador de los esquemas uno de los menos representativos del genio de Marx. (Echeverría, 1994, p. 245)

El eliminar el estudio central de la circulación o el intercambio conlleva a problemas

6 David Harvey ha señalado también como un error de que en el segundo tomo se mantengan constantes las variables económicas del proceso de producción y acumulación de riquezas «volume II confronts that which is held constant in volume I: the difficulties that arise in finding markets and bringing them into a state of equilibrium such a ‘normal’ process of capital circulation can proceed. But volume II tends to hold constant that which is treated as dynamic in Volume I, i. e., the extraction of absolute and relative surplus-value, rapid shifts in technologies and productivities, shifting determinations of the value of labor-power. Volume II imagines a world of constant technology and stable labor relations! It the poses the questions, how is capital going to circulate smoothly (given different turnover times, including problems that derive from the circulation of fixed capital of different lifetimes), and how can it always find a market for the surplus-value being produced? Since capital accumulation is always about expansion, how can capitalists find a market when the working class is being increasingly immiserated and the capitalists are reinvesting? There is, in fact, no mention of immiseration at the end of volume II. The problem is to ensure ‘rational consumption’ on the part of the working classes in order to help absorb the capital surpluses being produced», *A companion to Marx’s Capital*, p. 245.

muy serios dentro del marxismo. Por ejemplo, implica que el único horizonte de los seres humanos se plantea dentro de los esquemas salariales y mercantiles del propio capitalismo. Si en cambio se estudia con detenimiento el proceso de constitución dinámica de la mercancía, se puede pensar en otras formas de intercambio que no están subsumidas al capital. Sumado a lo anterior, al no estudiar las formas de subsunción al dinero, se sigue pensando como horizonte fundamental el del salario, cuando claramente el salario fabril está siendo eliminado, por ser un esquema específico de las sociedades urbano-industriales. Una utopía urbanista de la cultura obrera en confrontación radical con el capitalismo. Como también lo indicó Marx, la tendencia claramente es establecer como salario eje, en el capital, el del trabajo a destajo. Un trabajo que no se configura a partir de los derechos de las y los trabajadores, sino del tiempo y espacios de circulación del capital.

Finalmente, se elide pensar a los dos elementos que usa el capital para salir de sus crisis estructurales: el engrosamiento y posterior derrumbe del sistema crediticio y el subsecuente despojo de las riquezas naturales, de los salarios y del capital, a través de los impuestos o desplazamientos a las clases empobrecidas, para propiciar el reflatamiento del capital a través de los esquemas de renta de la tierra, renta tecnológica y permanencia del conflicto armado en el mundo.^[7]

El crédito

Ahora, el secreto del crédito, como perfeccionamiento del sistema mercantil, monetario

y dinerario, está, como en el ejemplo de la manzana cortada para intercambiar por otra mercancía, en que activa regiones inexistentes y las transforma en regiones centrales de socialidad. Sobre el fenómeno crediticio mercantil, Echeverría ya señalaba hace decenios que el fenómeno crediticio es el «portador del poder de convertir algo que es una mera posibilidad de objeto en un elemento efectivo del juego de la circulación, es decir, de volver ‘existentes’ porciones de sustancia de valor ‘aún inexistentes’». Del dinero como capacidad de alcanzar, por encima de las barreras temporales, la interpretación de los diferentes ciclos reproductivos» (Echeverría, 1994, p. 245).

¿Cómo logra el dinero *interpretar* ciclos productivos «por encima de barreras temporales»? Como un ensayo y despliegue espacial. Al despojar y explotar, para mercantificar, el capital mantiene un centro dinerario y crediticio, que le permite generar espacios simultáneos. Espacios contradictorios que aparecen como tiempos inconmensurables en el presente del capital, pero que contienen la promesa crediticia del futuro: la realidad inexistente que termina configurando nuestra realidad. Vemos, por ejemplo, como, en el interior de una urbe, se crean espacios metacapitalizados, que conviven e integran espacios supuestamente precapitalizados, donde no opera la ley de equivalencias, y por lo tanto no opera el presupuesto de la libertad e igualdad mercantil que pregona el capitalismo. Sucede no solo en espacios yuxtapuestos, sino en el mundo entero. Sin embargo, el presupuesto de crédito, latente en toda realidad mercantil, constituye un movimiento —una creencia— que apunta a que todos seremos partícipes

7 Este mecanismo, que acontece estructuralmente en el capitalismo, no solo implica el regreso permanente del despojo, sino la constante eliminación de una crítica total al capital. Kojin Karatani lo explica en los siguientes términos: «[...] Marx localizó un *salto mortale* en D-M-D; cuando M-D' se realiza o no, es decir, el momento en que se determina si se vende o no la mercancía. Con el fin de escapar de este momento crítico y de seguir el movimiento autorreproductivo, el capital debe crear un pacto artificial en el que se presume que las mercancías ya han sido vendidas. Este es el así llamado crédito. La crisis no es causada simplemente por la acumulación de un resultado desalentador de mercancías no vendidas, sino en gran medida por la revelación obligada —al final de la liquidación— de que las mercancías que debieron haberse vendido no se vendieron en realidad. La crisis es causada por el sobrecalentamiento del crédito. Y este fenómeno ha existido desde el advenimiento del capitalismo industrial». *Transcrita. Sobre Kant y Marx*. Traducción Andrea Torres Gaxiola. México, UNAM, 2020, p. 172.

de la riqueza del capital, o por lo menos que todos llegaremos, en algún momento, a estar en el lugar determinante de las equivalencias, el lugar de quien posee el dinero. Por esta razón, las crisis de capital siempre están antecedidas por endeudamientos y flujos crediticios, por cercamientos dinerarios. Como indicó Marx, al explotar la crisis uno necesita dinero contante y sonante, pues hay un regreso a la forma M-D-M e incluso a la forma M-M, así mismo al monopolio de mercancías (Mn) que no se hacen circular, sino que se almacenan y monopolizan para cuando el sistema salga de su crisis cíclica. Para todos estos movimientos mercantiles —comprar y vender, intercambiar, y monopolizar— es necesario el dinero. El mismo esquema básico del trueque mercantil, necesita de un primer capital crediticio —de la esperanza de cambio— para funcionar. Es pues la forma mercantil la que hace que demos crédito a un sistema que ya está en ruinas, pero que sigue reproduciéndose en nuestros espacios cotidianos, más allá de cualquiera racionalidad histórica y elemental.

III. La subsunción global

El reto de desplegar un relato coherente y holístico del presente capitalista consiste en captar la articulación precisa de los modos de poder social basados en el dinero y el crédito que radica en la esfera «ruidosa» de la circulación de mercancías con las estructuras y tendencias subyacentes de la producción, tal y como está configurada por la forma social capitalista y el objetivo de valorización. Esta articulación es el eje en el que la producción y la circulación se interpenetran y se dan forma mutuamente y, por tanto, en el que cada una se revela como condición de posibilidad de la otra. Pues, como señala Marx, la circulación generalizada de mercancías (con sus mecanismos monetarios y crediticios) es una situación que presupone «todo el sistema de producción burgués [...] antes de

que el valor de cambio aparezca como simple punto de partida en la superficie» (Marx, 1993, p. 29). Lo que hay que examinar, entonces, es la manera en que las formas de subsunción al dinero y al crédito que se dan en el nivel de la circulación, se potencian y refuerzan con las formas de subsunción al capital en la producción, sobre todo la «subsunción real del trabajo» impulsada por la tecnología y sus tendencias explosivas de transformación social. La interrogación de esta articulación es en gran medida una cuestión sobre la reproducción, como la «estructura en proceso» unificadora que incorpora y sintetiza la producción y la circulación, y a través de la cual estas dos esferas heterogéneas forman un todo.

Hacia el final del primer volumen de *El capital*, en el capítulo sobre la «Reproducción simple», Marx escribe que «si la producción tiene una forma capitalista, también lo será la reproducción» (Marx, 1982, p. 711). Esta sentencia resume perfectamente el problema, planteado de nuevo recientemente por Etienne Balibar, de la articulación aparentemente automática de la producción y la reproducción en *El Capital*; de la conexión entre la «forma económica específica en la que se bombea el excedente no remunerado de los productores directos» y la totalidad de las condiciones sociales e históricas por las que se reproduce una sociedad basada en esta forma económica (Marx, 1991, p. 927). ¿Qué significa que el modo de producción capitalista «prevalezca» o «domine» en una sociedad determinada? ¿Y qué funciones específicas desempeñan el dinero y el crédito en la base y la mediación de esta articulación entre el modo de producción y la reproducción?

La primera dificultad que se encuentra al abordar estas cuestiones es la de saber a qué se refiere exactamente Marx cuando habla de un modo de producción capitalista. Se trata de una dificultad que surge de la inestabilidad e inconsistencia de los significados que Marx

da al concepto de modo de producción en sus escritos, como han señalado numerosos comentaristas. Jairus Banaji, en una importante intervención en el debate en torno a los modos de producción en la década de 1970, trató de abordar este problema distinguiendo claramente entre dos sentidos del término en los escritos de Marx: una concepción estrecha limitada a los métodos y relaciones del proceso de trabajo, y una segunda concepción más amplia de una «organización histórica de la producción» o «forma social de producción». Banaji rechazó la identificación más estrecha de un modo de producción con un único modo de explotación, argumentando que «el proceso inmediato de producción puede estructurarse de todo tipo de maneras, incluso bajo el capitalismo» (Banaji, 2011, p. 4). En su lugar, concedió prioridad conceptual al sentido más amplio de modo de producción, proponiendo una concepción expansiva compuesta por «relaciones de producción en su totalidad» y con complejas trayectorias históricas y regionales.

Más o menos en la misma época, el Grupo del Proceso Laboral de Brighton formuló argumentos similares, señalando que, por un lado, «la relación entre el capital y el trabajo, a nivel social general, no puede derivarse de la relación capital-trabajo dentro de la producción ni reducirse a ella», mientras que, por otro lado, «la estructura real del proceso (laboral) no está determinada históricamente por la lógica abstracta de la acumulación de capital, ya que las relaciones de producción capitalistas solo pueden reproducirse como una totalidad de relaciones sociales» (Brighton Labour Process Group, 1977, pp. 4-23).

Reconociendo la diversidad de formas que puede adoptar la explotación capitalista en el proceso de trabajo y las complejas formas en que éstas se «correlacionan» con condiciones sociales más amplias, requiere, al parecer, la adopción de una noción ampliada

del «modo de producción» capitalista, como la suma de relaciones, formas y transiciones (incluyendo las monetarias y crediticias) a través de las cuales funciona el proceso de acumulación del capital, es decir, el propio «capital» en lo que Marx llamó su «Gesamtprozess» (proceso total).

Sin embargo, incluso con esta concepción ampliada, el problema fundamental que está en juego aquí, de la relación entre la reproducción del capital y la reproducción de la sociedad, no se resuelve, sino que solo se desplaza. Se necesitan más recursos teóricos para construir las mediaciones necesarias para comprender críticamente la relación entre la dinámica de la dominación en el proceso de trabajo, la esfera de la circulación, el proceso total de acumulación y la reproducción de la sociedad en su conjunto. Y, fundamentalmente, cómo estos momentos se entrelazan dentro de una totalidad material unificada, pero en constante desarrollo y cambio.

La clave aquí es la caracterización del capital como un «sistema orgánico», algo que Marx afirmó con frecuencia, refiriéndose a «la fisiología del sistema burgués [...] su coherencia orgánica interna y su proceso vital». En el núcleo de esta noción del capital como sistema orgánico hay una conceptualización específica de la totalidad, que Marx elabora en sus cuadernos de los «Grundrisse», insistiendo materialmente en que:

Hay que tener en cuenta que las nuevas fuerzas de producción y las relaciones de producción no se desarrollan de la nada, ni caen del cielo, ni del vientre de la Idea autopositiva; sino desde dentro y en antítesis con el desarrollo existente de la producción y las relaciones de propiedad heredadas y tradicionales. Mientras que en el sistema burgués completado cada relación económica presupone todas las demás en su forma económica burguesa, y todo lo que se plantea es, por tanto, también una presuposición, esto es lo que ocurre con todo sistema orgánico. Este sistema orgánico mismo, como totalidad, tiene sus presupuestos, y su desarrollo hasta su totalidad consiste precisamente en

subordinar a sí mismo todos los elementos de la sociedad, o en crear a partir de ella los órganos de los que aún carece. Así es como históricamente se convierte en una totalidad. El proceso de convertirse en esta totalidad constituye un momento de su proceso, de su desarrollo. (Marx, 1993, p. 278)

Esta concepción del desarrollo de y hacia la totalidad está marcada por una tensión entre el ser del sistema y su devenir. Esta tensión adquiere una singularidad particular a la luz de la afirmación de Marx de que no existe una reproducción capitalista «simple». Sin autoexpansión, el capital no es capital. Esto significa que el ser del capital es un devenir, su modo de existencia es un movimiento de desarrollo perpetuo e insaciable que implica «la revolución constante de la producción, las perturbaciones ininterrumpidas de todas las condiciones sociales», de modo que «la incertidumbre y la agitación eternas distinguen la época burguesa de todas las anteriores» (Marx y Engels, 1848, p. 487).

Esta tensión —entre la presentación del capitalismo como una totalidad estable, capaz de reproducir sus propias condiciones y, por lo tanto, de sostenerse a sí mismo, y el carácter inherentemente transformador y, por lo tanto, inestable de este movimiento de desarrollo— pasa a primer plano cuando consideramos los efectos de la acumulación capitalista en términos materiales, en relación con el proceso de reproducción social. Dado que el capital nunca puede estar completo o en reposo, se encuentra en un proceso continuo de devenir cuya forma de aparición puede estar fijada axiomáticamente (en la «fórmula general» M-C-M) y en su operación real (D-M-D') pero cuyo contenido material se forma y reforma de forma variable por su subordinación constantemente intensificada de los elementos sociales a su propia lógica. Esta dinámica transformadora está ligada a la lógica de la acumulación, pero también va más allá de ella, como reconoce Marx cuando

escribe que el capital «pasa, por así decirlo, de su vida orgánica interior a sus relaciones exteriores» (Marx, 1991, 135).

Es precisamente este movimiento de salida, por el que el capital abandona el nivel superficial de las relaciones económicas y desciende a la producción, determinando su forma material y económica. Forma económica, que es descrita por Marx con su teoría de la subsunción, y especialmente con la subsunción real: la transformación del proceso de trabajo por parte de los capitalistas, con el objetivo de aumentar su capacidad de explotar el trabajo y maximizar la producción de plusvalía relativa. El contenido concreto de la interacción entre el capital y su «exterior» se genera aquí tanto en su movimiento intensivo como extensivo; la profundización del control sobre aquellas regiones del proceso social ya entrelazadas dentro de los circuitos del capital y la colonización de nuevos espacios, poblaciones, prácticas y recursos.

Aunque la subsunción real se desarrolla directamente en el proceso de producción inmediato, sus efectos de reproducción social, cuyas condiciones básicas se alteran y reaccionan sobre la producción, transformándola a su vez que se alteran y reaccionan sobre la producción, transformando a esta también. Por ello, resulta imposible aislar la subsunción real como un fenómeno que se desarrolla exclusivamente en la esfera de la producción. Por el contrario, se revela como un fenómeno que atraviesa todo el proceso social de producción, circulación y consumo. Para dar solo un ejemplo de esta reciprocidad, cuando la producción de mercancías consumidas por la clase obrera llega a transformarse como resultado de la subsunción real del proceso de trabajo, produce efectos, no solo cuantitativamente en términos del valor de la fuerza de trabajo, sino también cualitativamente, en términos de la subjetividad de los trabajadores, porque como señala Marx, el consumo produce al sujeto.

Una subjetividad con la que el capital tiene que luchar en la producción y que, por tanto, determina la posibilidad y el alcance de la explotación. Pero en ambos sentidos no existe un estado de subsunción consumado o «normal» y las vías posibles de desarrollo son tan amplias como desiguales. La subjetividad del trabajo, entre toda una serie de otros factores, evoluciona paralelamente al desarrollo ampliado del capital, pero no es reducible a él, generando una dinámica no lineal irreducible a la reproducción del capital o del trabajo por sí solos, sino que se basa

recíprocamente en el movimiento de los dos ciclos. Para entender cómo se desarrolla esto es necesario ir más allá del relato del proceso de acumulación del capital tratado de forma abstracta o presentado formalmente. Es necesario abordar espacial e históricamente las tecnologías de subsunción que genera el capital y observar que los sistemas de acumulación no solo son diversos, sino que están interconectados en una simultaneidad de formas de valorización y plusvalorización que hacen de la violencia acumulativa del capital una tecnología mundial.

Referencias

- Banaji, J. (2011). *Theory as history: essays on modes of production and exploitation*. Brill.
- Brighton Labour Process Group. (1977). The labour process. *Capital & Class* 1.
- Castillo C. (2002). Notas introductorias sobre subsunción del trabajo en el capital. *Iralka*, (17), 5-13.
- Echeverría, B. (1994). *Circulación capitalista y reproducción de la riqueza social. Apunte crítico sobre los esquemas de K. Marx*. UNAM.
- Echeverría, B. (trad.). (2005). La tecnología del capital. Subsunción formal y subsunción real del proceso de trabajo al proceso de valorización. Extracto de *Manuscritos de Marx*, K. 1861-1863. Ítaca.
- Kant, I. (1990). *Kritik der reinen vernunft* I. Suhrkamp.
- Karatani, K. (2020). *Transcrítica. Sobre Kant y Marx*. (Andrea Torres Gaxiola, trad.). UNAM.
- Mackenzie, D. (1996). *Knowing machines: essays on technical change*. MIT.
- Marx, K. (1982). *Capital* (vol. I). Penguin Random House.
- Marx, K. (1991). *Capital* (vol. III). Penguin Random House.
- Marx, K. (1993). *Grundrisse*. Penguin Random House.
- Marx, K. (2019). El proceso global de la producción capitalista. En *El capital* (t. III, vol. 8. Traducción León Mames). Siglo XXI.
- Marx, K. y Engels, F. (2010). Manifiesto of the communist party. En *Marx & Engels Collected Works* (vol. 6). Lawrence & Wishart Electric Book.
- Marx, K. y Engels, F. (1984). *Collected Works* (vol. 30). Lawrence & Wishart.
- Marx, K. (1993). Grundrisse. Citado y traducido en Banaji, Jairus, 'From the commodity to capital'. En *Value: the representation of labour in capitalism*. Verso, 2015.
- Oliva, C. (2013). Configuraciones del capital: lucha de clases y ámbitos de resistencia al capitalismo. *Semiótica y capitalismo. Ensayos sobre la obra de Bolívar Echeverría*. Ítaca-UNAM.
- Sainz de Sicilia, A. (2021). Subsunción. En *Handbook of marxism*. Sage.
- Torres, A. (2021). *La técnica del capital. Ensayos sobre Bolívar Echeverría y Karl Marx*. UNAM.